



BOLETIN MENSUAL DE LA ORDEN MINIMA FRANCISCANA  
FEBRERO DE 2012      Número 122      Donativo \$7.00 M.N.

**"¡Al Señor tu Dios adorarás**



La liturgia de este primer domingo de cuaresma nos relata un episodio impresionante de la fuerza invencible de Cristo contra el poder de las tinieblas.

Jesucristo se nos muestra como modelo de irresistible atractivo;

medio de la práctica de los ejercicios cuaresmales. Muy penoso y casi sobre nuestras fuerzas es luchar contra la propia naturaleza cuando ésta busca siempre una vida cómoda eludiendo cuanto le es posible la menor mortificación, pero debe ani-

marnos el contemplar delante de nosotros a nuestro Capitán que se adelanta con paso firme y seguro a una lucha de prolongado y riguroso ayuno de cuarenta días. Cobarde es nuestro pecho y mezquino el corazón para dar a Dios un sí decidido y acompañarlo generosamente en esta lucha, y sin embargo ¡no debemos dejarlo solo en el duro trabajo que emprende por nuestra propia salvación! Con su gracia, entraremos valientemente a esta ardua tarea contra nuestros enemigos.

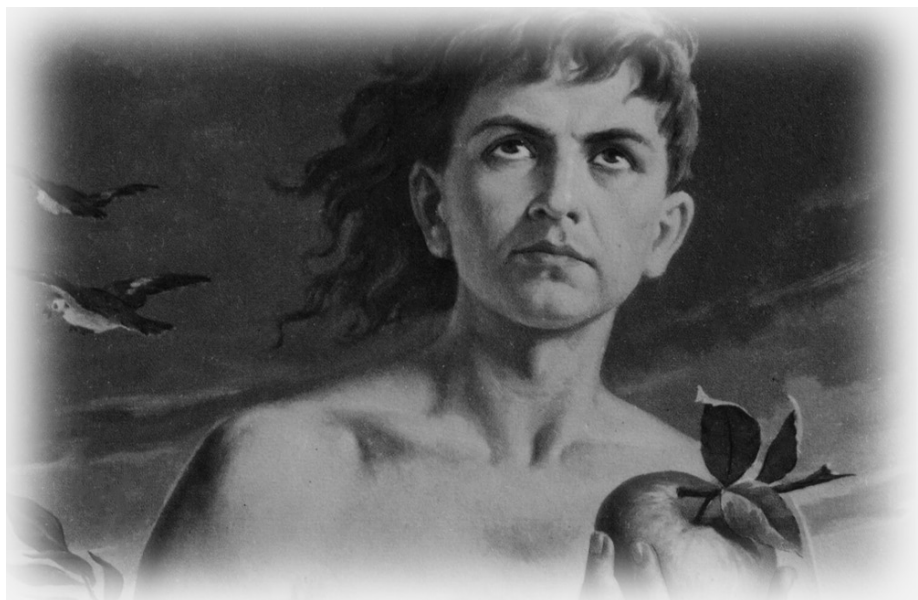
Adán, nuestro primer padre, y Cristo nuestro Salvador, son dos nombres importantes en que se resume y compendia la historia de

por nosotros baja a la arena, entra en la lucha, se somete a un riguroso ayuno y por medio del ayuno sale vencedor del infierno.

Amadísimos hermanos, nuestro presente boletín invita a todos los que vais a leer sus líneas a un efecto semejante con el Evangelio del ayuno de Cristo. Sabemos la dificultad de la empresa que se nos propone al encaminarnos al monte santo de Dios para escalar sus alturas por

la humanidad. El primero fue ruina para nosotros y el segundo fue nuestra salvación; con el primero entró la muerte en el mundo con el segundo llegó la vida devolviéndonos la gracia perdida. Con la debilidad del primer hombre, Satanás extendió su dominación por toda la redondez de la tierra; pero viene Cristo nuestro vencedor y con su fortaleza derrocó el imperio del demonio y sus secuaces.





El demonio encontró a Adán en un jardín de delicias, hermoso a la vista y delicioso al paladar. Por el contrario, Nuestro Señor permitió que el demonio le hallara en un desierto desolado en el que los ojos únicamente podían contemplar piedras calcinadas y el paladar sólo podía gustar raíces amargas y langostas. ¡Qué contraste entre el hombre sensual y el hombre sobrenatural! El Santo de los santos con su magnanimidad personificada, nos demuestra que Él ha vencido al mundo, demonio y carne, y quien se une a Él por medio de una vigilancia prudente, por medio de la penitencia generosa y la oración fervorosa, de igual forma saldrá victorioso del combate. “¡Júntate al Eterno, dice San Agustín, y participarás de eternidad; llégate con amor al inmutable y Santísimo Dios y serás fuerte y nada

te podrá mover!” Hemos de vigilar, porque el demonio anda como león rugiente en derredor nuestro buscando su presa con sus insidias diabólicas como lo hizo con el primer hombre en el Paraíso diciéndole: “¡Come de la fruta que Dios te ha prohibido y no hagas caso a sus palabras. Acércate al árbol que está en medio del Paraíso, goza de su sombra, disfruta de su brisa, admira su belleza; si comieres de su fruto, se abrirán tus ojos y conocerás el bien y el mal, y tú serás como Dios, soberano del cielo y de la tierra!”

Adán se puso en peligro escuchando la tentativa del enemigo y sucumbió; creyó y sus ojos se cerraron en la ignorancia y perdió las gracias preternaturales de que estaba revestido, quedando esclavo de sus pasiones y arrastrando tras de sí a la humanidad entera. Cristo por



el contrario, a cada tentación que el demonio se atrevió a ponerle delante y conociendo que el demonio es el padre de la mentira, lo desafió al instante. “Convierte en pan estas piedras” le dijo el maligno a Jesús allegándose a Él por la gula, pero

te, ¿por qué me tientas? Por fin, al verse tan despreciado por la virtud del Altísimo quiere vengarse con el último intento y lleva a Jesús a un monte muy alto, le muestra las grandezas de la tierra y todavía se atreve a decirle: “¡Mira en tu de-

redor! Yo despliego ante tu vista todos los reinos de la tierra en toda su opulencia: son míos. Todos los pongo a tu disposición, si postrado un momento, ¡me adorares!” Al Hijo de Dios se le ha dado todo poder en el cielo, en la tierra y en los abismos, y así aniquila a su contrario con la última respuesta, diciéndole: “¡Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo servirás!” “¡Apártate de Mí, Satanás!” Este grito

el Hijo de Dios respondió: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Y así sucesivamente a las otras dos propuestas que el tentador lanza contra Nuestro Señor al haber permitido que lo llevase al pináculo del Templo: “¡Arrójate abajo!, no te aplastarás porque los ángeles te recogerán y no permitirán que se lastime tu pie”, tentación de orgullo; mas, teniendo el Hombre Dios todo poder, pudo responderle con plena confianza: “No tentarás al Señor tu Dios”, como diciéndole: si Yo soy el Omnipoten-



de victoria, como trueno formidable, retumbó en el desierto, y Cristo el Hijo de Dios vivo, nos ha demostrado que toda nuestra victoria está en Él, con Él y para Él, puesto que el poder del demonio ha sido derrotado y su reino quebrantado. Y así como después del pecado de Adán



descendieron los ángeles para maldecirle y arrojarle del paraíso, así después de la victoria de Cristo, descendieron los ángeles para bendecirle y servirle. En estos dos nombres: Cristo y Adán, se concentra la historia del hombre, se desliza nuestra propia historia. Estos dos nombres son símbolos de dos fuerzas que luchan en nosotros para conseguir el predominio de una sobre la otra. Adán es la fuerza terrena que nos empuja a los placeres de la carne y

a las rebeliones del espíritu; Jesús es la fuerza divina que nos lleva a la mortificación y a la humildad. No olvidemos que Nuestro Señor quiso ser tentado en el desierto por el enemigo para enseñarnos cómo debemos luchar para no ser vencidos cuando llegue a nosotros el tentador con sus insidias diabólicas, puesto que el Hombre Dios no tenía necesidad de ello, por ser la santidad misma.

Nos encontramos en la santa cuaresma, amadísimos hermanos: tiempo de gracia, tiempo de conversión. Despojémonos del viejo Adán y trabajemos por el triunfo de Jesucristo.

Nos es necesario y hasta indispensable penetrarnos del espíritu con que la Iglesia nos amonesta para que vivamos con seriedad este tiempo de penitencia. El miércoles pasado escuchamos las tétricas palabras que pronunció el sacerdote al imponer la ceniza sobre nuestra frente: “Acuérdate hombre de que eres polvo y en polvo te has de convertir”. Despertando la conciencia de nuestra nada, nos introduce en el santuario cuadregesimal, haciendo recordar a todo hombre aquel triste miércoles de ceniza, cuando nuestros primeros padres Adán y Eva escucharon la sentencia divina que les arrojaba del paraíso en el momento de su desobediencia, y las mismas dirige la Iglesia



en particular a cada uno de nosotros por boca de sus ministros. Palabras de maldición en el sentido en que Dios las pronunció; pero palabras de gracia y de salud en el fin que se propone la Iglesia cuando nos las dice. Palabras terribles y fulminantes para el hombre pecador; pero palabras dulces y consoladoras para el pecador penitente, porque le enseñan el camino de su conversión por la penitencia. La Iglesia exhorta a todos los fieles a que se haga útil y eficaz la ceremonia de la ceniza. Hay que reformarse tanto en lo exterior por la penitencia como en lo interior acompañando estos actos exteriores con lágrimas de contrición, porque nuestro Dios está lleno de bondad y de misericordia y siempre pronto a perdonar

nuestros pecados: corrijamos las faltas que hayamos cometido por flaqueza, ignorancia o malicia y no difiramos el hacerlo, no sea que sorprendidos por la muerte no tengamos el tiempo para convertirnos.

Como consecuencia del pecado original, el hombre perdió el dominio del espíritu sobre los sentidos y sobre la carne, de lo cual proceden las malas inclinaciones que le empujan hacia lo más bajo. Sin embargo, es cierto que Dios nos da la gracia para triunfar de nuestras malas tendencias con tal que nosotros realicemos también nuestro esfuerzo, que debe consistir precisamente en la mortificación voluntaria. La mortificación corporal no tiene por objeto imponer al cuerpo molestias y privaciones por el gusto



de hacerlo sufrir, sino para regular y dominar cualquier tendencia suya que se oponga a la vida de la gracia.

El apóstol San Pablo nos dice: “Si vivís según la carne, moriréis; mas si con el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis” (Rom. VIII, 3).

En este sentido la mortificación, sin ser nunca un fin, ocupa en la vida cristiana un puesto fundamental y es un medio estrictamente indispensable, en cuanto que sin ella no es posible la vida del espíritu. Nadie puede eludir esta ley sin ver cerrado para sí el camino de la salvación. Ni el mismo San Pablo, que tanto había hecho y sufrido por Cristo, se creía dispensado de ella, y así decía: “Castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que habiendo sido heraldo para los otros, resulte yo descalificado” (I Cor. IX, 27).

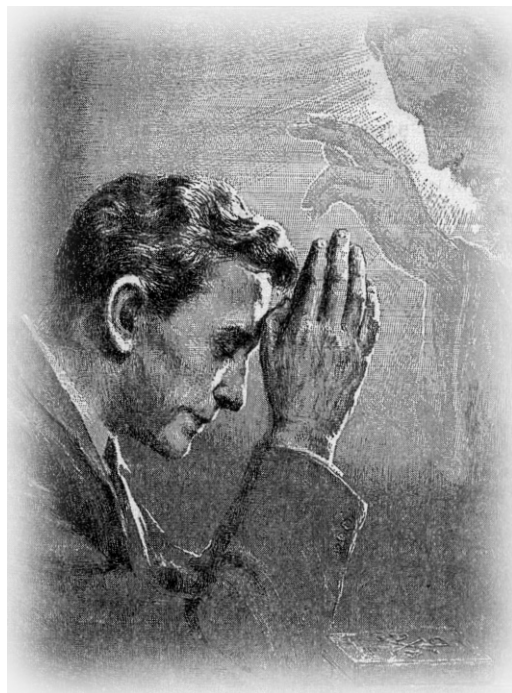
Dios quiere una conversión sincera, un dolor interior, un corazón contrito; quiere la conversión del corazón, la reforma de las costumbres, pide frutos dignos de penitencia. ¿Quién sabe si se aplacará con nuestras lágrimas y se ablandará viéndonos humillados?

El designio de la Iglesia poniéndonos la ceniza en la frente es excitarnos a la mortificación y al desprecio de todo lo que halague nuestras pasiones, nuestra vida sensual, poniendo a la vista el débil resto en que vienen a parar todos los bienes, los placeres, los honores de esta

vida y que nosotros mismos hemos de quedar reducidos a la muerte. Se puede ver en este puñado de ceniza la imagen verdadera de lo que llegaremos a ser un día. La muerte vendrá de improviso siendo un eco de lo que fue nuestra vida. Entonces... amadísimos hermanos, no abusemos del tiempo que Dios nos ofrece para ordenar nuestra alma y todas nuestras cosas; ahora es el momento propicio en que se nos ofrecen las gracias divinas, ¡mañana será tarde!

Comencemos la cuaresma con espíritu de penitencia. Todos somos pecadores, por lo tanto, a todos nos obliga este rigor en la vida sobrenatural; porque al cielo sólo entrarán los inocentes o penitentes. ¿Quién sabe si es para nosotros el último llamamiento de Nuestro Señor a





una verdadera conversión? ¡Qué consuelo tendremos de haberla observado cristianamente, si debiese ser la última! Unamos nuestros ayunos al de Nuestro Señor para hacerlos por este medio más meritorios.

Entremos pues varonilmente, con fervor y generosidad en este tiempo de bendición que la misericordia infinita de Dios nos concede por medio de las exhortaciones que la Iglesia nos presenta por su palabra divina, disponiéndonos confiadamente a la contrición de nuestros pecados y a un abandono absoluto en su bondad y misericordia, y con ánimo decidido entremos valientemente en la guerra contra nosotros mismos, contra el mundo, demonio y carne, estando seguros que nuestra victoria será bienaventurada.

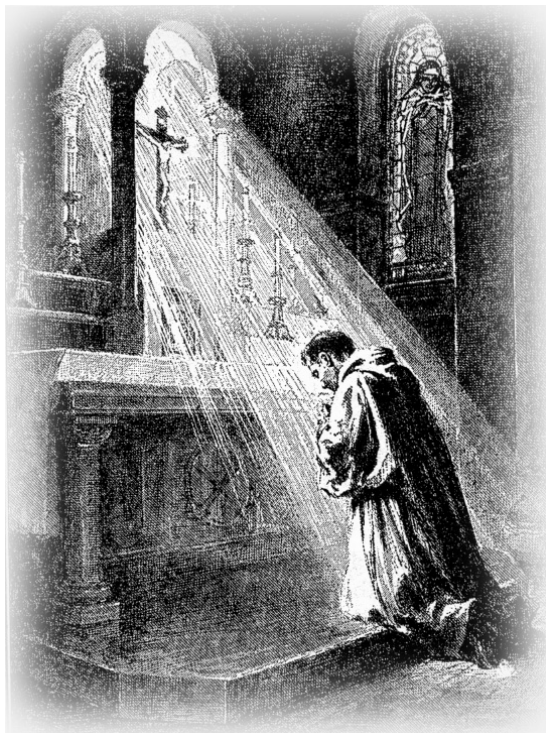
Para conseguirlo es necesario recordar tres enseñanzas prácticas que se deducen de las respuestas con las que nuestro invencible guerrero derrotó a Satanás: “¡No de sólo pan, sino de la palabra de Dios!”

La severa reprensión de Cristo no fue dirigida sólo contra el demonio, sino también contra nosotros. Durante todo el año, ocupados en los negocios y en las diversiones, no hay tiempo para oír un sermón, una explicación de las verdades eternas. ¡Oh!, mirad qué dice Nuestro Señor, no de sólo pan vive el hombre sino que debe alimentarse principalmente de la palabra que procede de la boca de Dios. ¿Por qué esa solicitud en buscar las cosas materiales? Sin duda por la fe lánguida y desvanecida con la cual pedimos a la Providencia Divina el remedio a nuestras necesidades corporales. Esto es el meollo de gravísimos pecados cometidos contra el primer mandamiento propuesto por nuestra Santa Madre Iglesia: “Oír Misa entera los domingos y fiestas de guardar”. No hay tiempo para dar a Dios honor y gloria y a la propia alma el alimento espiritual que debe fortalecerle en su vida de unión con Dios para sobrellevar los tropiezos de cada día. No hay ninguna diferencia del día domingo a cualesquier día de la semana; se vive solo para satisfacer el cuerpo y



los sentidos; y sin embargo, vemos al pobre cada vez más miserable porque es imposible que Dios pueda bendecir el salario recogido en día prohibido. ¿Quién puede entender la palabra de Dios? El alma sencilla que de verdad desea aprovecharse interiormente de la vida divina.

¿Por qué las malas costumbres arrollan a la juventud y la corrupción está envenenando a las familias? Porque sin la palabra de Dios el hombre es una bestia. ¿Por qué a pesar de la Redención sobrea-bundante y los sacramentos de la misericordia y del amor, se precipitan tantos en el infierno? Porque no quisieron escuchar la palabra de Dios. En el libro III de los Reyes XX, 36 se leen estas palabras:



“El que no escucha la palabra de Dios será devorado por el león”.

¡No tentemos a Dios exponiéndonos al peligro! He aquí la segunda tentación del maligno. El que se divierte con la ocasión próxima de pecar, no está seguro; es una confianza perversa que lanza al hombre a las trincheras enemigas. Meterse en las llamas de un voraz incendio y no abrasarse, o poder salir cuando se desea, es cosa imposible. Se necesitaría un milagro, pero Dios no está obligado a realizarlo y el hombre que se expone... ¡no merece tal milagro! El que busca la ocasión, ya ha pecado, dice San Bernardo, porque inútilmente el Señor le ha gritado: “¡No tentarás al Señor tu Dios!”

“¡Yo te daré el goce desenfrenado, te haré el más feliz de todos los hombres si por un momento te postras y me adoras!” Por fin, el maligno pone ante los ojos del hombre ciego e insensato, los placeres y riquezas de la tierra. El hombre se rinde ante los halagos y lisonjas de Satanás y le adora, dejándose vencer de la tentación. ¡Cuántos de estos cristianos vemos en el mundo! Por un gozo miserable y pasajero, se vende el alma y se pierde el paraíso. Para estos también nuestro buen Dios ha dicho inútilmente estas palabras: “¡Adorarás al Señor Dios tuyo... y a Él sólo servirás!”

Después de todo lo dicho debemos tener muy presente que el ayuno más agradable a los ojos de Dios es el abstenernos de los pecados contra la justicia y la caridad hacia el prójimo. Las lecturas de las Misas de estos días nos exhortan a practicar las obras de misericordia para obtener misericordia y perdonar para ser perdonados.

Que estos avisos espirituales llenen nuestras almas de fe, esperanza y amor al entrar en estos ejercicios cuaresmales, confiando en la ayuda maternal de la que es refugio de pecadores, pues siendo Ella la única que se salvó de la perdición universal del pecado, y que trajo al mundo como paloma mensajera de paz, la Redención a nuestras almas, será benigna y clemente con nosotros si la invocamos en nuestro

trabajo. Porque a pesar de conocer íntimamente nuestras maldades siempre nos hace experimentar el amor de su Corazón Inmaculado y a todos nos quiere ayudar si se lo pedimos. ¡Ella ha aplastado

la cabeza de la serpiente!

Entremos pues con la Virgen Santísima en la batalla cuaresma y ¡nada tema nuestro pobre corazón!

¡Oh Madre Inmaculada!, enséñanos a ser cual Tú lo deseas. Dá-nos a sentir el horror de tu purísimo Corazón al pecado.

Enseñanos a reparar los pecados del mundo y nuestros propios pecados.

Haz que nuestros corazones, como propiedad del tuyo, no se pierdan por los desiertos

del pecado, sino que unidos ahora a Ti, se encuentren también contigo en los prados de la vida eterna!

**¡Corazón Inmaculado de María, sed nuestra salvación!**



# ¡Noticias consoladoras!

Muy queridos hermanos en Cristo Nuestro Señor:

Les comunicamos noticias muy agradables de los trabajos materiales emprendidos desde hace ¡UN AÑO! en las tierras de Jalisco. Les presentamos imágenes de los muros que han circundado el terreno en el que se levantará el nuevo

silencioso y humilde nos ha demostrado una vez más el gran poder que se le ha dado junto al trono del Altísimo para

realizar los designios divinos!

¡Gracias amadísimos hermanos, a todos cuantos han ayudado con sus oraciones y aportaciones a este fin! Dios va a pagar infinitamente sus caridades, sobre todo a los que sabemos que nos dan, no lo que les sobra, sino lo que les es necesario. A estos hermanos nuestros que colocan en la alcancía del Corazón de Nuestro Señor su moneda de amor, recibirán la recompensa que está prometida en ésta y en la otra vida.

Y los que tienen más, igualmente Dios les pague porque comparten con nosotras de lo mucho que la Providencia les confía con el fin de distribuirlo para socorrer a los necesitados, en especial para las obras del mismo Dios.

Ahora pues, continuaremos con la construcción en el inte-



**Convento**  
del Desagravio. La Divina Providencia se ha mostrado pródiga moviendo las voluntades humanas para llevar a feliz término la primera parte circundando la propiedad de la Casa de la Madre de Dios, concediéndonos colocar el cancel que se puede apreciar. ¡Ayudadnos a dar gracias al Padre de los cielos y al buen San José que tan



rior del convento. ¡No os canséis de dar por amor del buen Dios, vuestras limosnas y oraciones!

Otra noticia importante: las obras de reconstrucción de esta casa de El Vergel han terminado con múltiples sacrificios y trabajos, pero no dudamos que ha sido también a costa de muchas privaciones que a su tiempo serán retribuidas con abundantes méritos entre nuestros bienhechores. Ahora tenemos nuestra sala de capítulo para las ceremonias religiosas que se llevan a cabo ahí y de la cual carecíamos. Nuestro agradecimiento de igual forma por la valiosa ayuda de algunos de ustedes con que nos han socorrido para salir de un apuro muy apremiante por el pago anual de nuestro predio. ¡Gracias, gracias queridísimos hermanos nuestros! Dios los bendiga por ayudarnos a conservar este bendito lugar de El Vergel no sólo con sus limosnas sino con sus sacrificios generosos y oraciones fervorosas.

Rogad por nosotras, rogad por las Mínimas para que merezcamos ser dignas de habitar siempre en la casa del Señor.

Que nuestra bendita Madre del Perpetuo Socorro siga acogién-

dolos en su regazo maternal porque os interesáis en seguir protegiendo su casa de reparación.

¡Dichosos vosotros porque tenéis a un Dios por deudor de vuestras limosnas! Él es rico y generoso en pagar.

Noticia final para nuestros fieles en general: les notificamos el sentido fallecimiento del Sr. Rafael Hernández Fuentes, papá de nuestro querido Martín, a quien damos

nuestras condolencias. Don

Rafa falleció el

25



de enero. Recemos por su eterno descanso.

¡Dale Señor el eterno descanso y brille para él la luz eterna!

¡Sea para gloria de Dios!